

Soy así...

Basado en Mateo 5:8

“Los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí, y perdonaré todas sus iniquidades con que contra mí pecaron y contra mí se rebelaron” (Jeremías 33:8).

HACE ALGÚN TIEMPO, el cardiólogo solicitó que me hicieran una prueba especial: una ecocardiografía. Gracias a este procedimiento pudo observar el interior de mi corazón mientras latía y descubrió que tengo un prolapso en la válvula mitral. Para la mayoría de los pacientes, esto no representa un grave riesgo para su vida, por lo que no suele ser preciso que pasen por un tratamiento específico o cambien radicalmente su estilo de vida. Por suerte, ese es mi caso. Doy gracias a Dios porque jamás he padecido ninguna molestia.

Los problemas del corazón físico ponen en peligro nuestra vida en la tierra, pero las enfermedades de la vida interior pueden significar la pérdida de la salvación eterna. ¿Cuál es la solución? Dios y su Palabra hacen en nuestro corazón espiritual lo mismo que hace una ecocardiografía en nuestro corazón físico. Vea qué dice este texto: “La palabra de Dios es viva, eficaz [...] y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12). ¿Cómo es eso? La Biblia diagnostica nuestro problema y nos muestra la manera en que Dios quiere sanarnos.

Una fábula cuenta que, cierto día, un escorpión quería cruzar un río. Entonces una tortuga se acercó a la orilla, arrastrándose lenta y cansinamente. El escorpión dijo:

–Oye, ¿Te importaría llevarme a la otra orilla del río?

–¡Ni lo sueñes! –respondió la tortuga–. Cuando lleguemos a la mitad del río me clavarás tu aguijón y moriré.

–¿Por qué tendría que hacerlo? –dijo el escorpión–. Si te clavo el aguijón y mueres, yo moriré ahogado.

–Está bien –dijo la tortuga–, te llevaré.

Cuando ya habían recorrido la mitad de camino, el escorpión clavó su aguijón en el cuello de la desventurada tortuga, quien, con su último aliento, preguntó:

–¿Por qué lo hiciste?

La respuesta no se hizo esperar:

–No lo sé. Soy así...

Algunos tratan de curar su corazón espiritual con sus propios recursos, pero es imposible, porque el pecado impregna nuestra forma de ser. La buena noticia es que Dios ha prometido darnos un corazón nuevo. “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Eze. 36:26). Tenemos una esperanza: Jesús. Quizá la válvula mitral de nuestro corazón tenga un prolapso, pero nuestro corazón espiritual puede ser completamente nuevo y sano.

Señor, consérvanos puros

Basado en Mateo 5:8

“Aun el muchacho es conocido por sus hechos,
si su conducta es limpia y recta”
(Proverbios 20:11).

UNA COSA es descubrir que las culturas idólatras y paganas del mundo son impuras y otra muy distinta es ver que el mundo cristiano le da la espalda a la moral y la pureza. No hay influencia que corrompa más el corazón y, por desgracia, la mente de muchos que profesan ser cristianos, que los medios de comunicación de masas, en particular la televisión e Internet.

Son educadores de moral disoluta. El cine y la televisión enseñan que “el sexo” sin restricciones (léase: adulterio, fornicación y homosexualidad) es normal. Por ello cantan las alabanzas de la infidelidad conyugal y el divorcio. En los Estados Unidos, más de la mitad de los matrimonios termina en ruptura.

Casi la mitad de los niños que nacieron en este país durante el año 2009 eran hijos de madres solteras. Cada día se practican 115.000 abortos, lo que equivale a 42 millones al año. El 83% de los abortos del mundo se practica en los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, mientras que el 17% restante se da en los países desarrollados.

“Del mismo modo también los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío” (Rom. 1:27). El movimiento en favor de los derechos de los homosexuales ataca sistemáticamente a la familia y ahora reclama que puedan contraer matrimonio y adoptar niños.

Existe el peligro de que los cristianos que viven en una sociedad corrupta e inmoral acaben por aceptar como normal lo que es anormal, que una persona homosexual siga su estilo de vida porque, sencillamente, no puede cambiar sus inclinaciones. Existe el peligro de que los cristianos comiencen a aceptar la fornicación y el adulterio como parte integrante de la vida. Existe el peligro de que los cristianos empiecen a pensar que, aunque el divorcio sea un asunto grave, pueda justificarse incluso cuando no hay adulterio.

Los actos impuros proceden de corazones impuros. Cuando los pensamientos del corazón son impuros, la vida es impura. Solo los puros de corazón podrán llegar a ver a Dios y vivir en gloria con él.

Cuando era niño, había una pastilla de jabón que era muy popular. El fabricante lo anunciaba como puro al 99,44%. Jesús quiere que seamos aún más puros. ¿Es esta su elección?

¿De verdad que está escuchando?

Basado en Mateo 5:8

“Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman”
(1 Corintios 2:9).

¿ALGUNA VEZ, mientras conversaba con alguien sobre algo importante, ha advertido que esa persona tenía la mente en “otra parte”? No estaba concentrada en lo que usted decía y hasta podía estar mirando hacia otro lado. ¿No le parece una actitud un tanto grosera?

En la vida cristiana es fácil que esto también ocurra. A menudo hablamos de la venida de Jesús y de cómo será el cielo, pero, por así decirlo, tenemos el corazón mirando para otro lado. Sin embargo, si tenemos un corazón puro (si somos sinceros y sin doblez), veremos a Dios. Me parece que muchas veces nos preocupa más la vida cotidiana que la eterna. Sin lugar a dudas, desde el punto de vista emocional, el aquí y ahora influye más en nosotros que el dulce porvenir eterno.

¿Qué tendrá preparado Dios para quienes lo aman? No hay palabras para describir la tierra nueva. Algunos lo han intentado: “Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán, verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos” (Apoc. 22:1-5).

“No vi templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero son el templo de ella” (Apoc. 21:22, VM). El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener comunión con el Padre y el Hijo. [...] Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro” (*El conflicto de los siglos*, p. 656).

Haga lo que haga hoy, dedique un tiempo a reflexionar sobre las palabras: “Verán a Dios”.

¿Teoría o práctica?

Basado en Mateo 5:9

“Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).

HAY CRISTIANOS teóricos y cristianos prácticos. Un cristiano teórico entiende la verdad; un cristiano práctico la vive. Si no se vive de manera práctica, la sola comprensión de la verdad o sus principios carece de significado. Ser “pacificador” no significa sentarse y elaborar una teoría sobre qué es ser pacificador.

Ser pacificador implica ponerlo en práctica en cualquier circunstancia de la vida cotidiana, teniendo en cuenta que la vida cotidiana es, precisamente, la que vivimos en el hogar. No pienso disculparme por decirlo de manera directa. Empiezo con una pregunta. ¿Qué significa ser pacificador en el hogar? En primer lugar, significa que se aprende cuándo es preciso callar. Bastaría con que supiéramos controlar la lengua para que en casa, e incluso en la iglesia, se redujeran las discusiones y las tensiones de manera considerable. El apóstol Santiago propone un ejemplo práctico. “Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Sant. 1:19). En otras palabras, cuando alguien es desagradable con nosotros tendemos a responder del mismo modo. El pacificador no actúa de ese modo.

El pacificador no reacciona con palabras que sabe que harán daño. Sabe que no vale la pena herir a las personas. El pacificador controla sus palabras. A menudo, siente la necesidad de decir cosas que, en aras de la paz, calla.

Con frecuencia, escuchamos el comentario: “No puedo tolerar que esa persona me hable de ese modo. Le diré cómo me siento”. ¿Qué pasaría si todo el mundo tuviera esa actitud? ¿Terminarían algún día la discordia y la venganza? No, hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar. El pacificador sabe cuándo tiene que hablar. Si lo que va a decir trae paz, habla; si no, calla.

Cuando el pacificador se encuentra ante alguien que está enojado, mira a Jesús, quien, “cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Ped. 2:23). Imagine un hogar y una iglesia en los que todos fuesen pacificadores.

Paz perfecta

Basado en Mateo 5:9

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado”
(Isaías 26:3).

JESÚS NO DIJO: “Bienaventurados los que anhelan, quieren, desean o aspiran la paz”. Tampoco: “Bienaventurados los de trato fácil”. Y tampoco dijo: “Bienaventurados los que quieren la paz, o los que pagarían cualquier precio por ella”; ni: “Bienaventurados los que buscan las soluciones de compromiso”; y aún menos: “Bienaventurados los que esquivan los problemas y no hacen olas para que el barco zozobre”. Sus palabras tampoco fueron: “Bienaventurados las personas, los países, las sectas o las sociedades que tienen un aspecto apacible”.

Sencillamente, la paz aparente quizá sea, únicamente, la ausencia de una guerra declarada, pero nuestro Señor Jesucristo no se refería a esto. Él no dijo nada semejante a esto: “Bienaventurados los que viven y dejan vivir, los que son tolerantes con la sociedad y dicen: ‘Bueno, está bien mientras no sea perjudicial para mi familia y me permita seguir adelante con mi vida’”.

¿Ha llegado a toparse con alguien a quien parece que lo persiguen las desgracias? ¿Ha conocido a alguien que, cuando entra en una habitación en la que hay tensión entre los miembros de la familia, parece que las cosas empeoran? También hay quienes cuya sola llegada hace que, al poco, un ambiente tranquilo se convierta en un verdadero caos. Hay quienes solo son capaces de echar más leña al fuego.

Las palabras de Jesús son tan simples como estas: “Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios” (Mat. 5:9). Según Jesús, los hijos de Dios son aquellos cuya sola presencia infunde paz dondequiera que estén.

Algunos quizá digan: “Quiero ser así. ¿Cómo puedo conseguirlo?”. La respuesta está en dos textos de las Escrituras: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado” (Isa. 26:3); y: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165).

Quizá hoy se enfrente a circunstancias que le resulten adversas. A lo largo del día le ruego que recuerde que para ser hijo de Dios es preciso ser pacificador; y solo es pacificador quien está en paz con Jesús.

¿Pacificador o agitador?

Basado en Mateo 5:9

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”
(Romanos 12:18).

CUANDO ERA JOVEN, me encontré con dos perros que estaban en plena re-friega. Decidí separarlos y me interpose entre ellos. Lo siguiente que recuerdo es un dolor punzante en una mano. Quise sacarla de la reyerta, pero el perro seguía con mi dedo entre las fauces. Por cierto, la cicatriz que me dejó sigue recordándome esa mediación frustrada.

Mi esposa y yo tenemos cuatro hijos. Cuando Cindy, nuestra hija mayor era todavía muy pequeña, teníamos una mascota, una perrita caniche que se llamaba Mimi. Un día, la pequeña Cindy empezó a molestar a Mimi. La perrita se refugió bajo el sofá, convencida de que allí encontraría sosiego y tranquilidad.

La niña no se dio por vencida. Se deslizó debajo del mueble y alargó el brazo justo hasta tocar el hocico del animal. Mimi, que solía ser un animal tolerante, mordió la mano de mi hija. Al instante escuchamos el llanto y los gritos de Cindy: “¡Mimi me mordió! ¡Mimi me mordió!”. Yo sabía por qué Mimi la había mordido, pero como Cindy era mi hija, Mimi acabó desterrada al sótano.

Un pacificador no crea problemas. Mimi no tenía que haber mordido a Cindy; pero mi hija tampoco tenía que haber molestado a la perra.

Los pacificadores no buscan los conflictos ni los causan. Hacen todo lo posible para mantenerse al margen.

Las personas problemáticas son egoístas y solo piensan en sus intereses. Los pacificadores piensan en el bien de los demás.

Quizá alguien diga: “Pastor O’Ffill, comprendo lo que trata de decirme, pero usted no me entiende: Los miembros de mi familia siempre andan causando problemas. He orado al respecto y me he esforzado sobremanera para conseguir que la situación mejore. ¿Qué debo hacer?”. El apóstol Pablo responde: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Rom. 12:18).

La experiencia me ha enseñado que, aunque no soy responsable de lo que los demás me hagan, sí soy responsable de mis reacciones. A quienes desean ser pacificadores, Pablo los exhorta: “Perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Cor. 13:11).

No bata el hierro mientras está caliente

Basado en Mateo 5:9

“Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:23).

UN VIEJO REFRÁN dice: “A hierro caliente, batir de repente”. Por supuesto, se refiere a la labor del herrero. Esto significa que debemos aprovechar las oportunidades en el momento preciso en que se presentan. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que en las relaciones humanas batir el hierro caliente es exactamente lo que no hay que hacer.

Supongamos que mi hijo conduce el automóvil en el que viaja toda la familia y, por alguna razón, hace una maniobra muy arriesgada que nos pone a todos en peligro. Yo podría sentirme tentado a gritarle: “¡Eh, ten cuidado! ¿Qué pretendes, matarnos? ¿Te dieron la licencia en una tómbola?”.

Si reacciono de esa manera, probablemente mi hijo se sienta humillado y me responda: “Conduciría mejor si no me gritaras todo el tiempo. Estoy harto de que siempre me digas qué tengo que hacer”.

He descubierto que cuando los sentimientos y las emociones son intensos, lo más sabio es callar. Es mejor esperar hasta que los ánimos se han enfriado un poco. Más tarde, con una sonrisa en los labios, podría decir: “Hijo, esta mañana, cuando ibas conduciendo, me asustaste de veras”. Con eso basta. Es casi seguro que mi hijo dibuje una sonrisa forzada y me responda: “Lo siento, papá, intentaré ir con más cuidado”.

Este mismo principio se aplica a los maridos y a las esposas, e incluso a los miembros de iglesia. Por alguna razón, por tendencia natural, sacamos a relucir los problemas cuando estamos enojados. Sin embargo, lo que se dice de forma airada no hace otra cosa que echar más leña al fuego y es más que probable que nos persiga durante un buen tiempo. Hay dos textos que podemos recordar cuando estallan las emociones: “La respuesta suave aplaca la ira, pero la palabra áspera hace subir el furor” (Prov. 15:1); y: “Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Sant. 1:19).

Hay momentos en que lo correcto es hablar y otros en que lo mejor es callar; hay maneras de decir las cosas que son correctas y otras que son incorrectas. Una buena oración para hoy es: “Pon guarda a mi boca, Jehová; guarda la puerta de mis labios” (Sal. 141:3).

Por causa de la justicia

Basado en Mateo 5:10 al 12

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”
(Mateo 5:10).

OBSERVE que esta bienaventuranza no se limita a decir: “Bienaventurados los que son perseguidos”, sino: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia”. Jesús tampoco dijo: “Bienaventurados los que padecen persecución porque son unos indeseables”. Y aún menos: “Bienaventurados los cristianos que son perseguidos por su grave falta de inteligencia y porque son unos verdaderos necios y atolondrados a la hora de dar testimonio de su fe”.

A menudo sufrimos una persecución “suave” (nos critican) a causa de nuestras acciones o por ser como somos. Pero la promesa: “Porque de ellos es el reino de los cielos” no se aplica a esas personas. Es para los que padecen persecución “por causa de la justicia”. Debemos ser muy claros al respecto. Abrigar un espíritu de justicia propia puede acarrear grandes sufrimientos y numerosas dificultades innecesarias. Nos cuesta distinguir entre el prejuicio y el principio, no conseguimos entender la diferencia que existe entre el hecho de que los demás se sientan molestos por causa de nuestro carácter o por causa de que somos justos.

Jesús no dijo: “Bienaventurados los que son perseguidos porque son fanáticos”. El fanatismo lleva a la persecución. Una definición de fanatismo es el énfasis excesivo sobre una verdad en detrimento de otras. El texto no dice: “Bienaventurados los perseguidos por ser demasiado entusiastas”.

Asimismo, la Biblia no dice: “Bienaventurados los que padecen persecución porque cometen algún error o ellos mismos están equivocados en algún asunto”. El apóstol Pedro lo dijo de este modo: “Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, ladrón o malhechor, o por entrometarse en lo ajeno”. ¿Se aperció de a quiénes pone en la misma categoría que los asesinos y los ladrones? ¡A los que se entrometen en lo ajeno! (ver 1 Ped. 4:15).

Aparentemente, algunos cristianos sufren manía persecutoria. Solo son felices cuando alguien los persigue y disfrutan diciéndoselo a los demás. Pero, por lo general, ocultan que ellos son la causa de su padecimiento. No estaría de más que le echáramos un vistazo a nuestra vida.

Sal salada

Basado en Mateo 5:13

“Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada” (Mateo 5:13).

EN EL MUNDO ANTIGUO la sal tenía un gran valor. Tanto que, de hecho, con ella se solía pagar el sueldo de las legiones romanas. Este pago se llamaba *salarium*, de donde deriva nuestro “salario”. ¿Qué le parecería si le pagaran su trabajo con sal?

Jesús habló de una sal que pierde su sabor. ¿Qué quería decir? En los días de Cristo, era posible que la sal perdiera su sabor. La sal era entonces muy diferente de la que nosotros conocemos. La sal que usamos hoy en día es un compuesto químico llamado cloruro de sodio. La sal que se usaba en el mundo antiguo se extraía de los acantilados del Mar Muerto, de once kilómetros de largo y varios centenares de metros de alto, o por evaporación del agua de ese mismo mar. Tanto si se extraía de la roca como si procedía de la evaporación, estaba mezclada con otras sustancias minerales o vegetales. Cuando esa sustancia era expuesta a las inclemencias del tiempo o tocaba la tierra, la sal perdía su sabor. Ni siquiera era posible conservar demasiado tiempo la sal que era extraída de la superficie de los acantilados; la acción de la luz la volvía insípida.

¿Se ha preguntado por qué Jesús comparó a sus seguidores con la sal? ¿Por qué no dijo Jesús: “Vosotros sois el azúcar de la tierra”? ¿No habría sido mejor, por ejemplo: “Vosotros sois la miel de la tierra”, o incluso: “Vosotros sois el arroz de la tierra”?

En esta alegoría espiritual, que se nos compare con la sal de la tierra es mejor que con el arroz, porque la sal da sabor al arroz; y no al revés. Quizá prefiramos ser arroz y no sal, pero Jesús dijo que somos la sal. En otras palabras, nosotros podemos hacer que el mundo sea mejor o peor.

La sal se usa para dar sabor a los alimentos. También es un conservante. Antes de que se conocieran los refrigeradores, la carne se dejaba secar y se conservaba en sal. Que Jesús dijera que somos la sal de la tierra significa que nuestra misión es conservar la verdad.

No solo eso, sino que nuestra influencia tiene que añadir un sabor especial a los que nos rodean. Nosotros, que somos la sal de Jesús, tenemos que llevar a cabo una tarea especial en el hogar, con nuestros familiares, con nuestros amigos y con nuestros vecinos.

Corazones de fusión fría

Basado en Mateo 5:13

“Buena es la sal; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos, y vivid en paz los unos con los otros” (Marcos 9:50).

¿SABÍA USTED que no podemos vivir sin una cierta cantidad de sal en el cuerpo? La pérdida de sal es poco frecuente, pero puede ser algo peligroso. El cuerpo pierde sal a través de la orina, la transpiración, los vómitos y las heces. Si se pierde demasiada sal, la sangre también pierde fluidos. En los casos graves, los bajos niveles de sodio en el cuerpo pueden causar calambres, náuseas, vómitos y mareos.

En última instancia, la falta de sal puede provocar la pérdida del conocimiento, un coma o incluso la muerte. Por suerte, es muy poco probable que eso suceda, porque nuestras dietas suelen contener más sal de la necesaria. El sodio se encuentra presente en la composición de muchos alimentos, por lo que con ellos no es preciso usar el salero.

Mi hijo y su familia viven cerca de Washington, DC. Hace algunos años padecieron una grave tormenta de nieve. En tan solo un día y medio, la nieve acumulada alcanzó un grosor de setenta y cinco centímetros. El barrio donde vive estuvo cerrado hasta que la nieve pudo ser retirada de las calles.

Para limpiar las calles y las carreteras, además de máquinas quitanieves, también se utiliza sal. La sal hace que el punto de congelación del agua baje de los cero grados centígrados, por lo que, a esa temperatura, el hielo se derrite.

El agua que lleva disuelta gran cantidad de minerales se llama “agua dura”. Cuando el agua es dura, el jabón no hace espuma y el lavado de la ropa y el aseo personal resultan más difíciles. La solución es hacer que el agua pase por un filtro de sal para ablandarla.

¿Qué quiero decir? Así como la sal puede derretir el hielo y ablandar el agua, la sal del Espíritu Santo es capaz de derretir los corazones más fríos y ablandar los más duros.

Esto es lo que Jesús quiso que entendiéramos cuando dijo que debemos ser la sal de la tierra. A menudo, al relacionarnos con personas de corazón frío, reaccionamos como ellas. Por eso Jesús nos advierte para que no permitamos que nuestro entorno haga que perdamos la capacidad de llevar a cabo la tarea que nos ha encomendado.

La única manera de ser sal pura es permitir que el Espíritu Santo obre en nuestra vida. Lo invito a orar ahora mismo con el propósito de que el Señor lo use para derretir los gélidos corazones y ablandar las duras vidas de aquellos a quienes Dios ponga en su camino.

Vosotros sois la sal

Basado en Mateo 5:13

“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal,
para que sepáis cómo debéis responder a cada uno”
(Colosenses 4:6).

HACE ALGÚN TIEMPO leí algo sobre la expedición terrestre que Lewis y Clark hicieron entre los años 1804 y 1806 de ida y vuelta a la costa del Pacífico, la primera en territorio de los Estados Unidos. Cuando, finalmente, la expedición llegó al océano Pacífico, descubrieron que casi habían agotado las reservas de sal. En la desembocadura del río Columbia no había barcos que pudieran abastecerlos para el camino de vuelta a casa. ¿Qué hacer? Sabían que, para regresar, tendrían que caminar. También sabían que no podían hacerlo sin sal. Así que se vieron obligados a pasar la mayor parte del invierno evaporando el agua del océano para obtener sal.

La sal es indispensable para la vida. Los tejidos de nuestro cuerpo contienen alrededor de un cuarto de kilo de sal. Regula el contenido de agua de nuestras células, a la vez que interviene en la contracción muscular, los impulsos nerviosos y los latidos del corazón. Sin tan vital sustancia, padeceríamos convulsiones e incluso llegaríamos a morir (*National Geographic Magazine*, septiembre de 1977, p. 381).

Del mismo modo que la sal es esencial para la salud del cuerpo, los cristianos somos esenciales para la vida espiritual del mundo que nos rodea. Jesús dijo: “Vosotros sois la sal de la tierra”. “Por medio de estas palabras de Cristo logramos tener una idea de lo que significa el valor de la influencia humana. Ha de obrar juntamente con la influencia de Cristo, para elevar donde Cristo eleva, para impartir principios correctos y para detener el progreso de la corrupción del mundo. Debe difundir la gracia que solo Cristo puede impartir. Debe elevar y endulzar las vidas y los caracteres de los demás, mediante el poder de un ejemplo puro unido a una fe ferviente y al amor. El pueblo de Dios ha de ejercer un poder reformador y preservador del mundo. Debe contrarrestar la influencia corruptora y destructora del mal” (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 124)

Quizá se pregunte cómo es posible ser la sal de su entorno. “Dios abrirá el camino para que sus súbditos lleven a cabo actos abnegados en toda su relación con su prójimo, y en todas sus transacciones comerciales con el mundo. Mediante sus actos de bondad y amor han de manifestar que se oponen a la codicia y al egoísmo, y que representan el reino de los cielos en nuestro mundo. Mediante la abnegación, al sacrificar las ganancias que podrían obtener, evitarán el pecado, para que de acuerdo con las leyes del reino de Dios puedan representar la verdad en toda su belleza” (*Cada día con Dios*, p. 201)

¿Qué clase de lámpara somos?

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5:14).

JESÚS DIJO A SUS DISCÍPULOS: “Vosotros sois la luz del mundo”. Aunque les hablaba como grupo, sus palabras se dirigían a cada uno de manera personal. Si, como iglesia, deseamos llenar el mundo con la gloria de Dios (Núm. 14:21), primero es preciso que permitamos que la luz del Espíritu Santo nos llene a cada uno individualmente. La luz debe iluminar, primero, allí donde nos encontremos. Una buena pregunta que podemos hacernos es: ¿Cómo puede mi hogar estar lleno de la gloria de Dios si yo mismo no soy una luz?

Cada uno que afirma ser cristiano es ya una luz. Pero, ¿qué clase de luz es?

1. Una clase es “el cristiano luz de vela”. Estos cristianos, aunque dan luz, lo hacen de manera muy tenue. El viento más leve hace que la llama parpadee y la apague con facilidad. Los cristianos luz de vela se desaniman fácilmente. La más mínima prueba hace que titubeen y, en ocasiones, puedan llegar a perder la fe. A esta clase de cristianos pertenecen aquellos que han decidido que ya no acuden más a la iglesia porque alguien los ha ofendido.
2. Otra clase es “el cristiano lámpara de queroseno”. Tienen una chimenea de cristal que humea con facilidad. Esta clase de cristianos son más brillantes que los cristianos luz de vela; pero, apenas se complican las cosas, su capacidad de emitir luz se empaña. El mundo que los rodea embota su vida espiritual.
3. Sigue “el cristiano linterna de gasolina”. Durante un tiempo esparcen una luz brillante y clara, pero si no se les bombea combustible con regularidad, acaban por apagarse. Parece que su fe nunca acaba de madurar. Sin alguien que los felicite y los aliente, se desaniman y, finalmente, dejan de acudir a la iglesia. El cristiano linterna de gasolina suele pensar primero en sí mismo.
4. La última categoría es “el cristiano lámpara eléctrica”. Su luz es constante, inmediata y fiable. Son una influencia radiante y contundente para quienes los rodean.

Estos cuatro tipos de lámpara son solo un ejemplo de cómo se puede vivir la fe; pero de ellos se puede ver que la lámpara eléctrica es el mejor tipo. Sin embargo, sabemos que una lámpara eléctrica es peor que una vela si la bombilla está fundida o no hay corriente eléctrica.

Un cristiano no emite luz propia. Refleja la luz de Jesús. Al igual que la luna, que refleja la luz del sol, nosotros reflejamos la luz de Jesús, la Luz del mundo (Juan 12:36).

Una luz que ilumina el camino

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz
y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti”
(Isaías 60:1).

¿QUÉ ES nuestra luz? Nuestra luz es nuestro ejemplo. Veamos algunas formas en que nuestra luz puede iluminar a los que nos rodean.

Si la luz de Cristo brilla a través de nosotros se hará patente para los que nos rodean en nuestra forma de hablar, de tratar a los que nos rodean, de trabajar, de jugar, de gastar el dinero; en pocas palabras: en todos los aspectos de nuestra vida. Tendremos la atención puesta en Cristo en lugar de en nosotros mismos.

Si la luz de Cristo brilla a través de nosotros mostraremos el fruto del Espíritu. Por la gracia de Dios seremos afectuosos, amables, humildes, mansos y pacientes. Seremos ciudadanos de un reino distinto; del reino de los cielos.

Si la luz de Cristo brilla a través de nosotros, presentaremos a Jesús como la respuesta a los problemas de este mundo. Jesús es la esperanza de los pecadores. Vino para salvarlos. Por tanto, los que no creen verán en nosotros una señal que apunta hacia Jesucristo y los invitaremos a que tengan fe en él para obtener la vida eterna y el perdón para sus pecados.

Si la luz de Cristo brilla a través de nosotros, nuestra vida revelará la verdad que hay en Jesús. No hay nada que impida que una máquina transmita la verdad, pero el único modo de vivirla es con todo nuestro ser. Al vivir la verdad rechazaremos las tinieblas, porque la luz y las tinieblas son incompatibles. Nuestra luz puede mostrar el camino a través de la oscuridad y ser una guía para los demás.

Cuando era niño, en la Escuela Sabática solíamos cantar una canción que decía más o menos así: “Brilla en el sitio donde estés”. Cuesta pensar que podemos llegar a iluminar el mundo entero. Es una tarea de titanes que escapa a nuestras fuerzas. Sin embargo, sí podemos iluminar a quienes nos rodean. El lugar preciso en donde vivimos es, de hecho, nuestro rinconcito del mundo.

En los oscuros días del fin de la historia de la humanidad, a cada uno de nosotros se le ha encomendado una tarea especial. Es algo que no puede hacer nadie más sino cada uno de nosotros personalmente, porque somos únicos y cada uno de nosotros tiene distintos parientes y amigos, vive en un lugar distinto y tiene distintos talentos. Sin embargo, Jesús nos llama a todos para que seamos una luz para él. Ahora es el momento de brillar: “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria” (Isa. 60:2).

Las buenas obras necesitan un buen corazón

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos” (Lucas 6:35).

HAY MUCHAS clases de buenas obras. Dar comida y ropa a los pobres es una buena obra. Visitar a las viudas y ayudar a los huérfanos son buenas acciones. Ayudar en la iglesia enseñando a los niños, trabajando con los conquistadores, como maestro de Escuela Sabática o sirviendo como diácono o anciano son también buenas obras.

Sin embargo, las obras verdaderamente buenas proceden de un buen corazón. Esta lista de buenas obras también la puede llevar a cabo una persona que, aunque sincera, todavía no ha entregado su corazón a Jesús.

Las verdaderas buenas acciones surgen de un corazón nuevo. Son el resultado de la obra del Espíritu Santo y reflejan el desarrollo de un carácter renovado. Además de ver el bien que hacemos, la gente tiene que ver que somos distintos del mundo. Además de nuestras obras, el mundo tiene que poder ver que Jesús habita en nosotros. Como él mismo dijo: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat 5:16).

Dar a los necesitados no debe ser regalar cualquier cosa que hayamos encontrado y que ya no nos es útil; esa acción debe proceder de la abnegación. Una persona abnegada pone a los demás en primer lugar. La autoindulgencia se fija primero en el yo. Muchas veces Jesús señaló a sus oyentes que los fariseos hacían buenas obras para impresionar a los demás.

Cuando era niño, si yo quería que mi madre hiciera algo especial para mí, me ofrecía a hacer algo por ella. Mi egoísta idea era que, si le hacía un favor, era más probable que luego ella accediera a mi petición. Tal vez usted haya tenido también la oportunidad de que alguien le haya hecho un favor. En consecuencia, quizá usted sintió que tenía que devolverlo, no porque usted quisiera, sino porque se sentía obligado.

Jesús dijo: “Haced bien y prestad, *no esperando de ello nada*; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo: porque él es benigno para con los ingratos y malos” (Luc. 6:35, la cursiva es nuestra).

Hoy trate de hacer una buena obra, incluso si la persona a quien ayuda no se lo agradece.

“Creados para buenas obras”

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”
(Mateo 5:16).

DIOS NOS CREÓ para hacer buenas obras. “Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efe. 2:10).

“En su divina disposición, en virtud del favor inmerecido del Señor, él ha ordenado que las buenas obras sean recompensadas. Somos aceptados solo por los méritos de Cristo; y los actos de misericordia, las acciones de caridad que realizamos, son los frutos de la fe, y llegan a ser una bendición para nosotros; pues los hombres serán recompensados de acuerdo con sus obras. Es la fragancia de los méritos de Cristo lo que hace aceptable para Dios nuestras buenas obras, y es la gracia la que nos capacita para hacer las obras por las cuales él nos recompensa. Nuestras obras en sí mismas, y por sí mismas, no tienen ningún mérito. Cuando hemos hecho todo lo que nos es posible hacer, debemos considerarnos como siervos inútiles. No merecemos ninguna gratitud de parte de Dios. Solamente hemos hecho lo que es nuestro deber hacer, y nuestras obras no podrían haber sido hechas con la fuerza de nuestra propia naturaleza pecaminosa” (*Mensajes selectos*, t. 3, pp. 227, 228).

El objetivo de las buenas obras no es llamar la atención sobre nosotros mismos, sino inducir a los demás para que miren a nuestro Padre celestial. Esta cuestión es fundamental porque tendemos a hacer buenas obras para impresionar a los demás. Nuestra naturaleza soberbia y pecaminosa nos lleva a practicar buenas obras por razones egoístas.

Supongamos que alguien está enfermo y que el diablo entra en la habitación y lo sana. ¿Podríamos decir que el diablo hizo una “buena obra” porque curó al enfermo? La respuesta es que no. Satanás nunca haría nada que pudiera glorificar a Dios. De hecho, cualquier cosa que haga el maligno, por buena que parezca, tiene un único fin: causar la ruina eterna de la persona a la que, en apariencia, ha ayudado. De la misma manera, aunque esté revestido de una apariencia de bondad, lo que no se hace para gloria de Dios nunca traerá nada bueno.

Que Dios nos ayude para que, si comemos, bebemos o hacemos cualquier otra cosa, sea todo para la gloria de Dios (1 Cor. 10:31).

No escondamos la luz

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.
Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija,
sino sobre el candelero para que alumbré
a todos los que están en casa”
(Mateo 5:14, 15).

SEGURO QUE más de una vez se ha quedado sin luz en casa. Y no solo en casa, sino que todo el barrio se ha quedado a oscuras. En las grandes ciudades una tormenta fuerte puede dejar sin luz a miles de familias.

Hace varios años, una noche nos quedamos sin luz en casa. Cuando esto sucede, solemos mirar por la ventana para asegurarnos de que no somos los únicos que están a oscuras. Esa vez, además de las luces de las casas, también se habían apagado las de la calle. Como advertí que los vecinos estaban afuera, conversando, salí y me uní a ellos. Al cabo de un rato, volví a entrar y, ayudado con una linterna, busqué algunas velas.

Jesús dijo que nadie enciende una vela para luego cubrirla. Las velas se encienden para no tener que estar a oscuras. Si alguien enciende una vela y luego la cubre, pronto se apagará y dejará de dar luz. Estamos llamados a hacer que la luz del amor de Jesús brille a través de nosotros; si la escondemos, también dejará de brillar.

Cuando se fue la electricidad de nuestra casa aprendí dos cosas. La primera es que tenemos que asegurarnos de que nuestra casa está bien iluminada antes de pretender compartir la luz con los demás. La segunda es que, si no dejamos que la luz del amor de Dios brille en nuestro corazón y nuestra vida, nuestro amor por él se apagará. Quizá no sea de inmediato, pero acabará por suceder.

A veces nos da vergüenza que la gente sepa que seguimos a Jesús. Hay quienes dicen que los asuntos de fe son privados, aunque me pregunto cómo es posible que a nadie le importe compartir la buena noticia de que en el centro comercial están dando ofertas. Ciertamente que la fe es personal, pero en absoluto es privada. Jesús dijo: “Vosotros sois la luz del mundo”; y la luz no se esconde, se difunde.

¿Cómo es Jesús?

Basado en Mateo 5:14 al 16

“Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”
(1 Juan 3:2).

MI PADRE era un pastor joven cuando fue nombrado director del Departamento de Ministerios de la Iglesia en la Asociación de Kentucky-Tennessee, en los Estados Unidos. Una mañana, de camino a la oficina, vio a un borracho que se tambaleaba por la acera. Cuando el auto de papá se le acercó, vio cómo el hombre perdía el equilibrio y caía pesadamente al suelo a causa de la borrachera.

Inmediatamente, mi padre arrimó el vehículo a un lado y se detuvo. Era un hombre compasivo. Por eso tuvo la sensación de que si dejaba a aquel hombre en aquel estado podía herir a alguien o la policía podía encerrarlo en la cárcel. Decidió que lo sentaría en el asiento de atrás y se lo llevaría con él a la oficina. Bajó la ventanilla trasera con el fin de que el hombre pudiera respirar aire fresco mientras dormía la borrachera. Entre tanto, papá se ocuparía de su trabajo.

Al cabo de un par de horas de trabajo, mi padre fue a ver cómo seguía aquel hombre. Al acercarse al automóvil, vio que acababa de despertarse y miraba por la ventanilla. Tenía el cabello revuelto y parecía que no se había afeitado en una semana. Con los ojos todavía inyectados en sangre, el hombre vio que mi padre se le acercaba.

–¿Quién eres? –preguntó con brusquedad. Papá le dijo quién era.

–¿Qué estoy haciendo aquí?

Papá le dijo que lo había visto caer en la acera y añadió:

–No quería que le sucediera nada malo.

–¿Por qué lo hiciste?

–Porque amo a Jesús.

–¿Y cómo es Jesús? –inquirió el extraño.

Entonces papá dijo algo que nunca olvidaré:

–Como yo.

Ahora bien, amigo lector, ¿no es así como se supone que tendría que ser? Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). Pero eso no es todo. Añadió que nosotros también somos la luz de este mundo (Mat. 5:14).

La Luna no brilla con luz propia. Su luz es un reflejo de la del sol. Por nuestra parte, solo podremos ser luces en el mundo si mantenemos puesta la mirada en el sol de justicia, Jesús, nuestro Salvador.

Guardar los mandamientos

Basado en Mateo 5:17

“No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas;
no he venido a abolir, sino a cumplir”
(Mateo 5:17).

CIERTO DÍA, un ministro de otra denominación me envió un correo electrónico en el que me decía que su iglesia creía que el Antiguo Testamento tenía que ser desechado. Me dijo que no creía que un cristiano tenga que observar la ley.

En tiempos de Jesús, la Biblia solo se componía de lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento: la Ley, los Escritos y los Profetas. La ley estaba dividida en tres partes. La primera era la ley ceremonial, que representaba el plan de salvación en tipos y símbolos. Esta ley indicaba a Israel cómo tenía que adorar a Dios. Seguía la ley judicial, lo que hoy llamaríamos las leyes civiles de Israel. Por último, se encontraba la ley moral, los Diez Mandamientos.

Nunca deja de sorprenderme que la gente diga que los Diez Mandamientos quedaron clavados en la cruz. Sin duda alguna, no sugieren que ahora podemos mentir, robar o cometer adulterio con total libertad.

Sencillamente, quienes insisten en que los Diez Mandamientos fueron clavados en la cruz están buscando una excusa para no tener que guardar el cuarto mandamiento: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxo. 20:8). Algunos insisten en que este mandamiento era solo para los judíos. Pero los primeros en recibirlo fueron Adán y Eva, que no eran judíos.

Jesús no vino a vivir en la tierra para abolir los Diez Mandamientos. Vino para confirmarlos y mostrarnos cómo cumplir de corazón los principios de la ley, además de obedecerla.

Aunque son una guía que nos dice qué hacer, los Diez Mandamientos no pueden darnos un corazón nuevo. Nuestras propias fuerzas no bastan para cumplir (obedecer) la ley. Jesús no cumplió (obedeció) la ley para que nosotros quedáramos exentos de cumplirla, sino para que, por medio de su vida, su muerte y su resurrección, podamos guardarla.

Jesús quiere que obedezcamos los Diez Mandamientos de corazón, no solo de forma externa, porque estamos convencidos de que son lo correcto. Ansía ayudarnos. ¿Por qué no le pedimos que lo haga?

Vete a casa

Basado en Mateo 5:23 y 24

“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda”
(Mateo 5:23, 24).

MI ESPOSA y yo nos casamos el 16 de junio de 1960. A menudo, cuando dirijo un seminario y explico a la audiencia cuánto tiempo hace que estamos casados, algunos empiezan a aplaudir. Entonces les digo: “¡Esperen, no me aplaudan hasta mi funeral! Al fin y al cabo, cuando nos casamos prometimos ser fieles `hasta que la muerte nos separe`”.

Con los años he descubierto que mi relación con Dios afecta a mi relación con mi esposa y mi relación con mi esposa afecta a mi relación con Dios. Jesús dijo que, si el sábado por la mañana, mientras vamos de camino a la iglesia, tenemos un mal sentimiento contra alguien (quizá alguien de nuestra propia familia), antes de dar un paso más, es preciso que volvamos a casa y arreglemos las cosas con esa persona. Solo entonces podremos ir a la iglesia (Mat. 5:24).

El apóstol Juan formula una difícil pregunta: “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, pero odia a su hermano, es mentiroso, pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Juan 4:20). Algunos creen que pueden amar al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza y con toda la mente y no amar al prójimo como a sí mismos. Jesús enseñó que eso es imposible.

Una vez conocí a una hermana en la fe a la que no le gustaba otra hermana de la iglesia. Le pregunté si alguna vez había orado por ella. Ella respondió: “Por supuesto. ¡Oro para que Dios le dé su merecido!”.

Esa no es la actitud que debemos tener si queremos hacer bien las cosas con los demás. Tenemos que decir que lamentamos el malentendido y luego pedir perdón. Entonces podremos orar así: “Señor, esta mañana te ruego que hagas por Fulano de Tal y su familia lo mismo que te pido que hagas por mí y los míos”.

Si pensamos que nuestros sentimientos sobre los demás pueden separarse de nuestra relación con Dios, solo conseguimos engañarnos a nosotros mismos. ¿Por qué no prueba hoy con la pequeña oración que he sugerido?

Piense en ello

Basado en Mateo 5:28

“Porque cuales son sus pensamientos íntimos, tal es él” (Proverbios 23:7).

TODOS LOS PECADOS se originan en el pensamiento. La tentación de hacer el mal empieza con un sencillo pensamiento. Cuando eso sucede todavía tenemos la posibilidad de escoger si resistimos o cedemos.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Una de las principales características con las que nos dotó es la capacidad de imaginar cosas. Gracias a la imaginación podemos vivir una experiencia incluso antes de que suceda. Esa facultad permite que el inventor cree algo que jamás ha existido excepto en su imaginación, es decir, en sus pensamientos.

Antes del diluvio, “la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y [...] todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal” (Gén. 6:5). La imaginación corrompida de aquella generación provocó la destrucción de la tierra por medio del diluvio.

El primer lugar donde se libra la batalla entre el bien y el mal es la mente. Si queremos ganar esa batalla, antes tendremos que ganarla en nuestros pensamientos. Cuando pecamos con los actos, aun antes de que sea evidente, ya hemos pecado con el pensamiento.

Hay un viejo refrán que dice que somos lo que comemos. De la misma manera, la Biblia dice: “Porque cuales son sus pensamientos íntimos, tal es él”. En otras palabras, somos lo que pensamos. Jamás obtendremos la victoria sobre el pecado si antes no hemos vencido nuestros malos pensamientos.

Nadie “cae” en el pecado. Nos deslizamos o entramos en él. A veces podemos incluso correr a su encuentro. El pecado no es un pozo en el que caemos por accidente o un precipicio moral que nos engulle. Es un desliz, un desliz del pensamiento.

Oramos para que el Señor nos dé la victoria sobre nuestros actos. Sin embargo, teniendo en cuenta que el pecado empieza en la mente, también deberíamos orar para que el Señor nos ayude a vencer los pensamientos pecaminosos.

No habrá lugar para ellos si tenemos la mente llena de pensamientos puros. Es probable que en Filipenses 4:8 se encuentre el texto más poderoso de la Biblia en relación con los pensamientos: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”.

Comienza en la mente

Basado en Mateo 5:28

“Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame
y conoce mis pensamientos”
(Salmo 139:23).

No sé si es consciente de ello o no, pero la tentación de la impureza sexual es una de las más difíciles de vencer porque lleva incorporada la capacidad de respuesta. Para fumar, es preciso comprar los cigarrillos. Para beber, hay que comprar licor; y lo mismo sucede con las drogas. Pero este no es el caso de los pecados de impureza sexual. Uno no tiene que ir a ningún lado o comprar cualquier cosa. Uno ya viene “equipado” para esta clase de pecados.

Por supuesto, el diablo es consciente de ello y, por esa razón, la tentación de impureza moral es quizá la más extendida en la sociedad.

Recuerde que Jesús dijo que no hace falta que una persona lleve a cabo una conducta sexual inadecuada para ser culpable. La persona que es vencida por el deseo sexual piensa en ello todo el tiempo. Quizá suene excesivamente simplista, pero el secreto para vencer la impureza sexual es no pensar en ella.

La vida en una sociedad con fácil acceso a la televisión, a Internet, a revistas, a música e, incluso, a las fotografías que adornan las paredes del lugar de trabajo –por no hablar de los chistes soeces que los compañeros de trabajo van contando todo el tiempo– hace que sea muy difícil evitar los pensamientos impuros.

Estoy seguro de que debe haber oído el dicho: “No puedes evitar que los pájaros revoloteen sobre tu cabeza, ¡pero puedes impedir que aniden en ella!”. Aunque la tentación de tener pensamientos impuros esté en todo lo que nos rodea, de nosotros depende que se queden o no.

Un verano, cuando estudiaba en la universidad, estuve empleado como yesero. La empresa se dedicaba a la construcción de varios edificios de apartamentos en una población cercana. Tenía la sensación de que muchos de los trabajadores eran incapaces de pronunciar más de dos palabras seguidas sin que una fuera una grosería. Se pasaban el día explicando chistes subidos de tono.

Trabajar como yesero no es como trabajar en una oficina. Cuando llegaba a casa, tenía que quitarme la ropa de trabajo sucia y darme una ducha. Pero recuerdo especialmente que, además, tenía que sentarme y darme una “ducha mental” para deshacerme de todos los pensamientos impuros que asaltaban mi mente. Lo hacía leyendo la Biblia.

“¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Sal. 119:9).

Jamás jure

Basado en Mateo 5:33 al 37

“Sea vuestro hablar: ‘Sí, sí’ o ‘No, no’, porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mateo 5:37).

¿QUÉ QUISO decir Jesús con: “Sea vuestro hablar: ‘Sí, sí’ o ‘No, no’”? Cuando era niño intentaba imaginar un mundo en el que la gente solo dijera: “Sí, sí” o “No, no”. ¿Cómo podríamos comunicarnos unos con otros? Ahora entiendo que Cristo no decía que en nuestro vocabulario solo tiene que haber esas dos palabras.

Para comprender la lección que Jesús nos quiere enseñar tenemos que leer desde el versículo 33; en particular, las palabras: “No jurarás en falso”.

Imagine la situación: Un nuevo presidente de los Estados Unidos “jura el cargo”. Pone su mano izquierda sobre un ejemplar de la Biblia y levanta la derecha mientras jura que será fiel en el ejercicio del cargo de presidente. Este juramento es una tradición, un formulismo. Pero tengo una pregunta: ¿Por qué es necesario que una persona ponga una mano sobre una Biblia y levante la otra como garantía de su fidelidad? Hace años, cuando alguien quería que se supiera que estaba diciendo la verdad, decía: “Lo juro sobre un montón de Biblias”.

Cristo enseña que nuestra palabra tiene que ser de fiar porque somos quienes somos. Nuestro “sí” tiene que significar “sí”; los demás tienen que poder confiar en que cumpliremos lo prometido o permaneceremos firmes en nuestro “no” cuando no podamos comprometernos a hacerlo. Decir “sí” cuando se tiene intención de decir “no” es una falta de honestidad, es una manera de oponernos de forma subrepticia. Crea una falsa apariencia que esconde la verdad, engaña y debilita porque socava la confianza de los demás en nosotros.

No seamos de esa clase de personas que necesitan jurar sobre cualquier cosa para dar fuerza y validez a sus palabras. Seamos de aquellas personas cuyas palabras van cargadas de fuerza y autoridad por ser quienes son, personas que cuando dicen “sí” es “sí” y cuando dicen “no” es “no”. Con la ayuda del Espíritu Santo, desarrollemos la fuerza de carácter necesaria para cumplir nuestras promesas y la integridad precisa para decir la verdad tal y como la entendemos; de modo que usemos palabras que identifiquen la verdad, promuevan la bondad y edifiquen a los demás.

Señor, te ruego que me perdones si no he sido fiel a mis promesas. Concédeme la gracia de ser fiel a mi palabra, y a tu Palabra.

Andar una segunda milla

Basado en Mateo 5:38 al 42

“A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos” (Mateo 5:41).

¿ALGUIEN LO OBLIGÓ alguna vez a hacer algo que usted no quería? Si me hiciera esa pregunta a mí, mi respuesta tendría que ser: “Sí”. Cuando tenía doce o trece años y mi padre o mi madre me pedían que hiciera algo, no era extraño que respondiera: “Espera un minuto”. Entonces mi padre me decía con firmeza: “Hijo, te pido que lo hagas ahora”.

Por tanto, dejaba de hacer lo que tenía entre manos y, a regañadientes, hacía lo que se me pedía tan deprisa como podía, por lo que no siempre ponía todo el cuidado necesario en ello. A veces papá me llamaba para que terminara de hacer un trabajo; a lo que yo protestaba quejándome de la “injusticia”. Al mirar atrás, me arrepiento de mi actitud irrespetuosa.

¿Qué dice Jesús que tenemos que hacer cuando se nos pide que hagamos algo que nos desagrada? “A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos” (Mat. 5:41). Jesús se refería a una ley romana que autorizaba a los soldados de la legión a obligar a cualquiera para que llevara una carga durante una milla (o lo que es lo mismo: mil pasos). Así fue como Simón cireneo fue obligado a llevar la cruz de Jesús de camino a la crucifixión (Luc. 23:26).

Aunque esa ley romana de servicio forzoso ya no está en vigor, este versículo de la Biblia es aplicable directamente a la vida actual, en particular en el trabajo y en casa. ¿Con qué frecuencia nuestro jefe nos pide que hagamos algo que nos parece del todo irracional? ¿Cuál es el consejo de Jesús? “No te quejes y anda otra milla más”.

¿Por qué nos dice que hagamos esto? ¿Porque quiere que seamos libres! Cuando únicamente hacemos lo que nos dicen que hagamos, somos esclavos. No tenemos otra opción. Pero cuando hacemos algo de más, es nuestra propia elección. Nadie nos pide que lo hagamos. Ya no somos esclavos, sino que tomamos la iniciativa. Hacer más de lo que estamos obligados a hacer nos libera. No tenemos motivos para estar resentidos, ni nuestro espíritu debe ser quebrantado. ¿Puede ver la lógica de este razonamiento?

Hoy, cuando alguien le pida que haga algo, hágalo. Pero no desprecie la oportunidad de hacer aún más; ande una segunda milla.

“Mía es la venganza”

Basado en Mateo 5:38 al 42

“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: `Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:19).

HABÍA UNA vez un importante hombre de negocios que escuchó que un conocido suyo estaba en la cárcel. Decidió visitarlo. Tras varias horas de conversación, el empresario quedó muy impresionado. Cuando se iba, fue a ver al director de la cárcel y le preguntó si iba a recomendar el indulto para su amigo. Prometió al director que, si su amigo salía indultado, respondería por él y le daría empleo en una de sus fábricas.

El director de la cárcel accedió a recomendar el indulto. A la siguiente visita del hombre de negocios, le entregó un documento. El indulto había sido concedido. El director sugirió que no le entregara el indulto al preso hasta después de haber hablado un poco más con él y así lo hizo. Cuando el benefactor le preguntó al preso qué deseaba hacer con más ganas cuando estuviera en libertad, el hombre se puso en pie y, mirando a través de los barrotes, dijo: “Solo hay dos cosas que quiero hacer cuando salga. Una es matar al juez que me encerró aquí y la otra es matar al hombre que dijo a la policía dónde podía encontrarme”. El empresario rompió el indulto y se marchó.

Jesús dijo: “Oísteis que fue dicho: `Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mat. 5:38, 39). En otras palabras, no tratéis de vengaros.

En la vida cotidiana es raro que recibamos una bofetada, pero se nos insulta de otras maneras. El mandato de Jesús de “poner la otra mejilla” se puede aplicar perfectamente a esas situaciones de la vida diaria. ¿Acaso hay quien hable de usted a sus espaldas? No haga lo mismo con él. ¿Un compañero de trabajo habla mal de usted a su jefe? No le pague con la misma moneda.

Dios nos manda: “No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev. 19:18). Jesús es nuestro ejemplo. “Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Ped. 2:23).

De todo corazón

Basado en Mateo 5:43 y 44

“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12).

DURANTE la Segunda Guerra Mundial, en Holanda, la familia Ten Boom escondió en su casa a judíos que trataban de escapar del régimen nazi. Cuando fueron descubiertos, Corrie Ten Boom y su hermana Betsie fueron llevadas al campo de concentración de mujeres de Ravensbrück, al norte de Alemania, en el que 92.000 mujeres perdieron la vida durante la guerra.

Al cabo de un tiempo en el campo, Betsi murió. A causa de un error administrativo, Corrie fue liberada una semana antes de que todas las mujeres de su edad fueran ejecutadas.

Después de la guerra, Corrie empezó a viajar por el mundo contando la historia de su familia y lo que ella y Betsie habían visto en el campo de concentración. Una noche, después que hubo hablado, reconoció a un hombre que se adelantaba hacia el estrado para hablar con ella. Había sido uno de los guardias del campo de concentración.

El hombre dijo: “Señora Ten Boom, en su discurso ha mencionado Ravensbrück. Yo fui uno de los guardias de ese campo. Pero después me convertí. Sé que Dios me ha perdonado por todas las crueldades que cometí”. Y extendiendo la mano, añadió: “¿Me perdona?”.

Posteriormente, Corrie escribió: “Aquella mano solo estuvo extendida durante unos segundos; pero a mí me parecieron horas, mientras me debatía en el combate más difícil que jamás haya librado. Porque tenía que hacerlo, lo sabía. La promesa de que Dios nos perdona tiene una condición previa: que perdonemos a los que nos han causado algún mal. ‘Si no perdonáis a los hombres sus ofensas’, dijo Jesús, ‘tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras ofensas’.

“Y así, inexpresiva, mecánicamente, estreché la mano que me tendía. Al hacerlo ocurrió una cosa increíble... Un calor sanador recorrió todo mi ser y mis ojos se llenaron de lágrimas. ‘Lo perdono, hermano’, dije entre sollozos. ‘De todo corazón’. Durante un largo rato, quienes habíamos sido guardia y prisionera, mantuvimos las manos estrechadas. Jamás había conocido el amor de Dios tan intensamente como en aquella ocasión”.

¿Quiere usted experimentar ese calor sanador? Perdonémonos “unos a otros, como Dios también [nos] perdonó a [nosotros] en Cristo” (Efe. 4:32).

Amar es cuidar

Basado en Mateo 5:44

“Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

LOS HISTORIADORES nos hablan de un personaje llamado Dirk Willumsoon que se convirtió al protestantismo. Como resultado de ello, fue condenado a ser torturado hasta la muerte. De alguna manera, pudo librarse y empezó a correr para salvar su vida. Un soldado fue tras él. Corrió hasta que finalmente llegó a un gran lago. El lago estaba helado, pero el hielo era débil porque el invierno estaba llegando a su fin. A Willumsoon no le quedaba otra salida. Decidió correr por el hielo.

Mientras corría, el hielo del lago comenzó a resquebrajarse. Pero no se detuvo. Quería evitar la terrible muerte que le esperaba si era capturado. A grandes zancadas avanzó hasta que, con gran esfuerzo, pudo saltar a la orilla. Mientras recuperaba sus fuerzas para seguir corriendo, oyó un grito de terror a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio que el soldado que lo perseguía había caído en el agua y se debatía intentando aferrarse al hielo.

No había nadie cerca para ayudar al desdichado, solo Dirk. Aquel soldado era su enemigo. Arrastrándose con cuidado por el quebradizo hielo, alcanzó al soldado. Lo sacó del agua helada y, tirando de él por el hielo, lo acercó a la orilla.

Jesús dijo: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Por los amigos, podemos entenderlo... Pero, ¿por nuestros enemigos? Leamos las palabras de Jesús: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mat. 5:44). Para el que sigue a Jesús, amigo o enemigo, da lo mismo.

Huelga decir que amar a nuestros enemigos no es fácil. Amar a nuestros enemigos no significa necesariamente que tengamos que ser los mejores amigos, sino que queremos su bien y oramos por ellos. Aquí se esconde un secreto: Si hacemos esto, hay muchas posibilidades de que esa persona en poco tiempo ya no se sienta enemiga nuestra.

Amar al prójimo

Basado en Mateo 5:44

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”
(Mateo 22:39).

¿**ALGUNA VEZ HA** pensado en qué quiso decir Jesús al ordenarnos que amemos al prójimo como a nosotros mismos? No dijo que tenemos que amar al prójimo y ya está. Si eso fuera todo, quizá pudiéramos amarlo a distancia. Quizá lo tratásemos como si fuera de la familia, pero un poco menos. Probablemente haríamos por él la mitad, una tercera parte o una décima parte de lo que hacemos por nosotros mismos. Sí, habría resultado más cómodo que Jesús dijera: “Amad al prójimo”. Pero no, dijo que tenemos que amar al prójimo como a nosotros mismos.

Ahora repito la pregunta: ¿Qué significa amar a alguien como a uno mismo? Está bien, responda a esta pregunta: ¿De quién son los dientes que cepilló esta mañana? ¿De quién es el pelo que peinó? ¿De quién, la ropa que cuelga en su armario? ¿Y la cuenta de ahorros que tiene en el banco? Nos ocupamos de nosotros mismos. Nos amamos. Amar es ocuparse de las necesidades. Aceptémoslo. Nos ocupamos de nuestras necesidades.

Cuando tenemos un interés personal, queremos satisfacerlo. Cuando tenemos una necesidad, queremos satisfacerla. Cuando tenemos un deseo, queremos cumplirlo. Si tenemos una esperanza, queremos que se cumpla.

Estamos preocupados por nuestro bienestar, nuestra comodidad, nuestra seguridad, nuestros intereses y nuestra salud, tanto física como espiritual, temporal y eterna. Nos preocupamos mucho por nuestros asuntos. Buscamos nuestro propio placer y no conocemos límite a la hora de obtener lo que deseamos. Ya ve, esta es exactamente la forma en que tenemos que amar a los demás.

En otras palabras, tenemos que alimentar por el prójimo un amor completamente sincero, ferviente, habitual y permanente, que ponga en nuestro corazón su interés, sus necesidades, sus deseos, sus ansias, sus esperanzas y sus ambiciones; a la vez que nos impulsa a hacer todo lo posible para asegurarnos de que todo su bienestar, toda su seguridad, toda su comodidad y todos sus intereses se cumplen, de modo que cumplir para él todo lo que necesite, lo que quiera o lo que le da placer, sea nuestro principal anhelo. Eso es lo que Jesús quiso decir con el mandato de amar al prójimo como a nosotros mismos.

Hoy le sugiero que piense en todo lo bueno que Dios ha hecho por usted. Luego ore para que él le muestre de qué manera usted puede convertirse en una bendición para los demás.

Cristo nos fortalece

Basado en Mateo 5:44

“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros,
así también haced vosotros con ellos”
(Lucas 6:31).

¿HA TENIDO, o tiene, algún enemigo? Es probable que la mayoría de la gente responda que sí.

¿Quién es un enemigo? Es aquella persona que nos desprecia, nos detesta, nos desea mal, que siente un odio visceral por nosotros y que se enfada cuando hacemos alguna buena obra por ella. Hagamos lo que hagamos, nos odia. Jesús enseñó que los enemigos son los que nos ultrajan, nos amenazan, nos insultan, nos persiguen, nos calumnian e, incluso, llegan a agredirnos.

Por eso, las palabras de Jesús son tan difíciles de entender: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mat. 5:44). Sus palabras se oponen diametralmente a lo que nos enseña nuestra cultura. El mundo dice: “¡No seas tonto y paga con la misma moneda!”. Sin embargo, Jesús dijo: “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Luc. 6:31).

Este texto se conoce como la Regla de Oro. La regla del mundo es la venganza y el odio. Pero como hijos e hijas de Dios, tenemos una regla superior. Si las personas nos provocan, no debemos responder a su provocación. Si nuestros enemigos nos insultan, nos persiguen, nos calumnian y nos ultrajan, no hagamos lo mismo con ellos.

El reto que Jesús nos plantea es como una elevada cumbre difícil de escalar. Al orar, quisiera decir: “Señor, ¿cómo puedes pedirme que ame a mis enemigos?”. La verdad es que, solo con nuestras propias fuerzas es imposible. No podemos escalar esa cumbre por nosotros mismos. Necesitamos la ayuda del Señor.

La naturaleza humana es egoísta y, por eso, nos cuesta amar al prójimo. Jesús no vino a este mundo para que nosotros no tuviéramos enemigos, sino para enseñarnos cómo tenemos que relacionarnos con ellos. Sin embargo, la meta está a nuestro alcance cuando sabemos que “todo lo [podemos] en Cristo que [nos] fortalece” (Fil. 4:13).

Distinguir las señales

Basado en Mateo 16:1 al 4

“¡Hipócritas, que sabéis distinguir el aspecto del cielo, pero las señales de los tiempos no podéis distinguir!” (Mateo 16:3).

HAY UN PEQUEÑO poema que dice algo parecido a esto:

Treinta días tiene noviembre
con abril, junio y septiembre;
de veintiocho solo uno
y los demás de treinta y uno.
Si el año bisiesto fuere,
ponle a febrero veintinueve.

¿Por qué, cuando el año es bisiesto, ese día de más cae en febrero? Ese día se añade para que el número de días del año refleje con más precisión la traslación de la Tierra alrededor del sol. El tiempo exacto que tarda nuestro planeta en dar una vuelta alrededor del sol es de 365 días, 5 horas, 48 minutos y 46 segundos. Esto significa que el año del calendario es ligeramente más corto que el año solar. Por tanto, siguiendo una fórmula precisa de cálculo, cada cuatro años se añade un día al mes de febrero. A ese año lo llamamos bisiesto.

Quizá le interese saber que detrás del origen de los años bisiestos, en el año 45 a.C., se encuentra Julio César. Sin embargo, existen registros de ajustes calendarios llevados a cabo por los faraones egipcios.

Cierto día, los fariseos le pidieron a Jesús que les diera una señal del cielo que indicara que él era el Mesías. Jesús respondió: “¡Hipócritas, que sabéis distinguir el aspecto del cielo, pero las señales de los tiempos no podéis distinguir!” (Mat. 16:3).

Si esa misma pregunta se formulara hoy, 29 de febrero de 2012, Jesús respondería: “¡Hipócritas, que se preocupan por la precisión del calendario pero no se dan cuenta de que viven los últimos días de la historia de este mundo! Dejen de pensar tanto en su calendario y ocúpense más en prepararse para mi segunda venida”.

Sí, quizá sea recomendable que el calendario y el año solar estén sincronizados; pero que, con la ayuda del Espíritu Santo, mantengamos sincronizada nuestra vida con la Palabra de Dios es de importancia eterna. La pregunta que tenemos que formularnos a diario no es: “¿Qué día es hoy?”, sino: “¿Mi vida refleja hoy y cada día la voluntad de Dios?”.

Padre mío que estás en los cielos, haz que las palabras que salgan de mi boca y la meditación de mi corazón te sean aceptables.